

Llevarse mal con los padres, quedar embarazada o elegir una profesión equivocada supuso la cárcel para miles de adolescentes suizos hasta 1981. Sin juicio. Ahora se desvela el secreto y hablan las víctimas



El único delito de Ursula Biondi fue quedarse embarazada a los 17 años.

BMERITXELL MIR / Ginebra
 arbara le partió la crisma a su tío con un hacha. Cuando se lo explicaba a las otras reclusas lo hacía con gran satisfacción y lujo de detalles. «La sangre manaba de su cabeza como el surtidor de una ballena», solía decir. Esta asesina despiadada era compañera de cárcel de Ursula Biondi, cuyo único delito había sido quedarse embarazada a los 17 años del hombre al que amaba.

Su caso no fue aislado en la modélica Suiza. Entre 1942 y 1981, y sólo en el cantón de Berna, más de 10.000 personas fueron encarceladas, sin juicio ni sentencia, siguiendo leyes morales de mediados del siglo XIX. Muchos de ellos eran menores de edad. Los embarazos, las borracheras, la desobediencia a los padres, la vagancia... eran motivos suficientes para acabar en prisión.

«Destrozaron demasiadas vidas y esto lo llevaremos con nosotros hasta el día que nos muramos», recuerda entre sollozos Ursula, la cara visible de unas víctimas que han estado en silencio durante décadas. Ahora,

tenciones administrativas», que recuerdan a la Ley de Vagos y Maleantes del régimen franquista, fueron un intento, casi eugenésico, de apartar de la sociedad a aquellos que no encajaban en ella moralmente. La mayoría de las víctimas que acabaron en la cárcel por mala conducta pertenecían a familias desestructuradas y de pocos recursos. Los hijos de los ricos tenían más suerte y acababan en internados de postín.

En 1967, con 17 años y un niño de cinco meses en sus entrañas, Ursula ingresó en la prisión de mujeres de Hindelbank, a pocos kilómetros de Berna. Estaba embarazada de un hombre divorciado de 24 años con el que hacía dos que mantenía una relación estable. Sus padres querían salvarla de semejante deshonra y pidieron ayuda a las autoridades locales. Aunque intentó huir a Italia con su pareja, fue detenida «para su propia protección» y encarcelada durante un año y una semana. «Mis padres pensaron que me llevarían a algún reformatorio, pero Hindelbank no era otra cosa que una cárcel subsidiada por los

plica Dominique Streb, autor del libro que ha ruborizado al pueblo suizo, hasta ahora ignorante en su mayoría de estas atrocidades. «La única terapia era el shock de estar en la cárcel con otros criminales para que no quisieran acabar como ellos», subraya el periodista.

Sin duda, el momento más duro para Ursula fue dar a luz y que le quitaran a su hijo a los 10 días para darlo en adopción. «Me pasaba el día gritando e intenté quitarme la vida varias veces», dice con la misma impotencia que debió de sentir en aquellos días. A los tres meses, consiguió que se lo devolvieran.

Otras no tuvieron tanta suerte. Su amiga Mady, detenida con los mismos pretextos, también parió en la cárcel: 44 años después, todavía no ha encontrado a su hijo. A otras, además de quitarles a sus recién nacidos, las esterilizaban. Una medida sin vuelta atrás.

En Hindelbank, las presas por «detención administrativa» eran tratadas como el resto de criminales, explica Streb. Trabajaban cinco días y medio a la semana en jornadas

un cubo de basura», se lamenta Ursula Biondi. Los intentos de suicidio se repitieron a lo largo de 30 años, en una vida marcada por la depresión, la bulimia, la soledad y la rabia perpetua. Con los psicólogos no hacía grandes avances, así que hace ocho años, decidió escribir un libro a modo de autoterapia para ahuyentar los fantasmas del pasado. Y nadie la creyó, ni siquiera muchas personas

ENTRE 1942 Y 1981, SÓLO EN EL CANTÓN DE BERNA, MÁS DE 10.000 PERSONAS FUERON ENCARCELADAS SIN PROCESO

de su entorno más cercano.

Aun así, la vida de Ursula ha sido como la de Cenicienta. Tras su paso por la cárcel y una juventud durísima, acabó trabajando en Naciones Unidas. Ahora vive en uno de los barrios más exclusivos de Zúrich y disfruta de una vida acomodada al lado de un abogado de renombre.

peor. A pesar de que las que dan hoy la cara son mujeres, lo cierto es que el 90% de las víctimas eran del sexo opuesto.

Christoph todavía se emociona cuando habla de aquellos años. Su delito fue huir de las duras condiciones del campo para alistarse en la escuela naval de Hamburgo con tan sólo 16 años. Pero en 1976 le detuvieron en la frontera y pasó seis meses en la prisión de Dietisberg, donde fue obligado a hacer trabajos forzados. «Íbamos a la montaña a buscar leña, con botas finas y clavos en las suelas», recuerda este mecánico.

Corría el año 1970, Gina Rubeli se sentía ahogada en su pueblo. Quería vivir en Sankt Gallen, convertirse en librera, salir con sus amigos y escuchar a Jimmy Hendrix. Pero sus padres la amenazaron y Gina intentó cortarse las venas. La ingresaron en un reformatorio y después en un psiquiátrico, pero un buen día, tras haber sido sedada, se despertó en Hindelbank. Empezaba el horror de 12

meses de confinamiento. Al salir, le seguirían 14 años de terapia y «un gran complejo de inferioridad».

En 1974, Suiza ratificó la Convención de Derechos Humanos, pero la ley de la vergüenza no se derogó hasta 1981. Tras décadas de silencio, un grupo de parlamentarios de izquierda trabaja para que se repare el

PRESOS DE LA VERGÜENZA EN LA SUIZA «MODÉLICA»

La pulcra habitación de Ursula Biondi en la prisión de Hildelbank no refleja el horror que vivió dentro. Entró con 17 años y embarazada de cinco meses. A los 10 días de nacer, le quitaron a su bebé para darlo en adopción. Logró recuperarlo. / MERITXELL MIR



la publicación de un libro sobre una de las mayores vergüenzas de Suiza en el siglo XX ha puesto el pasado sobre la mesa y ha obligado al Gobierno a disculparse oficial y públicamente por tanto dolor injusto.

El país alpino, que suele alardear de tener la democracia más participativa del mundo y ser un buque insignia del respeto a los derechos humanos, guarda en el patio de atrás prácticas dictatoriales. Aquellas «de-

crédulos», explica todavía escandalizada de que sus progenitores tuvieran que pagar 6.774 francos suizos (unos 5.400 euros) por el tiempo que allí pasó.

Un negocio redondo para el Estado porque cobraba un dinero que no se gastaba. Los internos ni contaban con terapia psicológica ni educación académica ni se les enseñaba una profesión para que después pudieran reinsertarse en la sociedad, ex-

de 10 horas. El resto del tiempo estaban aisladas en sus celdas. Lo único que las diferenciaba de otras presas, además del color de su ropa, eran las condiciones de su encierro: las criminales cobraban por su trabajo, las discolas lo hacían gratis. Y lo que es peor, a diferencia de las que habían sido juzgadas, no sabían el tiempo que pasarían entre rejas ni tenían derecho a apelar su sentencia.

«Durante 30 años me sentí como

Su caso se cuenta entre las excepciones porque la mayoría de los «detenidos administrativamente», al recuperar la libertad, acabaron cayendo en las drogas, el alcohol y la prostitución, como explica Christoph Pöschmann, otra de las víctimas. Casi todos, pasaron por graves problemas económicos al resultarles muy difícil encontrar trabajo con antecedentes penales.

Los hombres lo tuvieron todavía

honor de estas víctimas y se las compense económicamente. Por el momento, ya han conseguido la disculpa pública de la ministra de Justicia, Eveline Widmer-Schlumpf. Sorprendentemente, este no es el único capítulo oscuro en la historia reciente del país. Todavía queda pedir perdón por las esterilizaciones forzadas y la venta de niños pobres a granjeros. ¿Necesita Suiza también una ley de la memoria histórica?